

¿Qué clase de tierra es su corazón?

(Marcos 4.1-20)

Joe Schubert

Toda una vida, desde que era niño, se me ha dicho que una parábola es un relato terrenal con un significado celestial. No sé quién fue el primero que salió con esa definición, sin embargo no está mal. En las parábolas de Jesús se encuentran el cielo y la tierra.

Marcos 4 describe por qué Jesús comenzó a enseñar por parábolas. Así dice Marcos:

Otra vez comenzó Jesús a enseñar junto al mar, y se reunió alrededor de él mucha gente, tanto que entrando en una barca, se sentó en ella en el mar; y toda la gente estaba en tierra junto al mar. Y les enseñaba por parábolas muchas cosas [...] (vers.^{os} 1-2).

Después de esto sigue la primera parábola que Jesús contó: la parábola del sembrador, o la parábola de la semilla.

I. ¿POR QUÉ LAS PARÁBOLAS?

¿Por qué escogió Jesús comenzar a enseñar por este método? En primer lugar, Él deseaba que ciertas cosas quedaran claras a los que estaban dentro, es decir, a Sus discípulos. En segundo lugar, Él deseaba que ciertas verdades quedaran en la penumbra para los que estaban fuera.

En Marcos 4.10-12, se señala el anterior propósito. Dice Marcos:

Cuando estuvo solo, los que estaban cerca de él con los doce le preguntaron sobre la parábola. Y les dijo: A vosotros os es dado saber el misterio del reino de Dios; mas a los que están fuera, por parábolas todas las cosas; para que viendo, vean y no perciban; y oyendo, oigan y no entiendan; para que no se conviertan, y les sean perdonados los pecados.

A muchos les ha preocupado que Jesús tratara de ocultar algo acerca del reino de los cielos a algunos. Dicen que tal cosa está abiertamente

opuesta a todo aquello por lo cual Él vino. Sin embargo, esta es una conclusión superficial e incorrecta. Cuando Jesús habló por parábolas, Él estaba usando un método con el cual los maestros y audiencias judíos estaban totalmente familiarizados. En el Antiguo Testamento se encuentran varias parábolas. La reprensión que hace Natán de David, por ejemplo, está expresada en la forma clásica de la parábola. Los rabinos judíos del tiempo de Jesús también usaban el método de enseñanza por parábolas.

Las parábolas tenían ciertas características. Siempre estaban expresadas en términos poco claros. Uno sólo podía entenderlas correctamente manteniéndose adherido al maestro que las contaba. No era sino hasta que uno hubiera aceptado a un maestro y su mensaje, que la enseñanza dada en una parábola en particular llegaba a ser comprensible.

Según los evangelios, el reino de Dios había de ser visto en la persona y obra de Jesucristo. Si una persona no lo recibía a Él, ella no entendería Su enseñanza. Eran solamente los que habían llegado a ser discípulos de Jesús los que podían entender correctamente Sus parábolas. Aunque Jesús a menudo habló por parábolas a las multitudes, la interpretación de tales parábolas se circunscribió siempre a los que se contaban entre Sus discípulos.

La forma como se expresa la idea de 4.11-12, suena severa. Jesús dijo: «[Todas las cosas se les dan a conocer por parábolas] para que viendo, vean y no perciban; y oyendo, oigan y no entiendan; para que no se conviertan, y les sean perdonados los pecados». Es muy típico de la lengua hebrea expresar un resultado como si éste fuera el propósito. Sería incorrecto concluir que el propósito para el cual Jesús habló por parábolas era que ciertas personas no pudieran ser salvas. Ese no fue el razonamiento de Jesús. Jesús habló

por parábolas, y el resultado fue que ciertas personas no entendieron y no fueron salvas.

Todo el versículo 12 es una cita de Isaías. La cita está abreviada en el relato de Marcos, pero el pasaje paralelo que está en Mateo hace una cita completa y nos ayuda a entender lo que Isaías en realidad estaba diciendo, y lo que Jesús en realidad da a entender. Jesús dijo en Mateo 13:

Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden. De manera que se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis (vers.^{os} 13-14).

Isaías pasó a explicar por qué esta clase de fracaso ocurría. En el versículo 15 se citan como tuyas las siguientes palabras: «Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyen pesadamente, y han cerrado sus ojos [...]». ¿Quiénes cerraron sus ojos? El pueblo los cerró. Los cerraron por la razón dada en la segunda parte del versículo 15. Cerraron sus ojos deliberada y voluntariamente, «para [no ver] con los ojos, y [oír] con los oídos, y con el corazón [entender], y [convertirse], y yo [sanarlos]». El pueblo no podía ver, ni entender, ni oír. Pero no era porque Dios lo impidiera, sino por rehusar obstinadamente venir a Jesús y recibirlo como el Maestro enviado por Dios. Por esta razón Él les ocultaba parte de Su enseñanza a los que estaban fuera mediante el hablarles por parábolas, a la vez que les revelaba el significado a los que estaban dentro. Si Jesús hubiera hablado claramente y sin ambigüedad alguna acerca de Su condición de Mesías y acerca de Su reino a todo el pueblo, los fariseos habrían propiciado Su muerte prematuramente. Por lo tanto, Jesús cubrió Sus enseñanzas con las hermosas y humildes parábolas que ocultaban Sus verdades de los orgullosos y los arrogantes, pero las reveló a los que deseaban aprender.

II. LA PRIMERA PARÁBOLA

Eche un vistazo ahora a la primera de las parábolas: la parábola del sembrador. Dijo Jesús:

Oíd: He aquí, el sembrador salió a sembrar; y al sembrar, aconteció que una parte cayó junto al camino, y vinieron las aves del cielo y la comieron. Otra parte cayó en pedregales, donde no tenía mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra. Pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó. Otra parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron y la ahogaron, y no dio fruto. Pero otra parte cayó en buena tierra, y dio fruto,

pues brotó y creció, y produjo a treinta, a sesenta, y a ciento por uno. Entonces les dijo: El que tiene oídos para oír, oiga (vers.^{os} 3-9).

Más adelante, en privado, Jesús dio la explicación de esta parábola a los que estaban dentro de Su círculo, a los discípulos. Su explicación comienza en el versículo 14:

El sembrador es el que siembra la palabra. Y éstos son los de junto al camino: en quienes se siembra la palabra, pero después que la oyen, en seguida viene Satanás, y quita la palabra que se sembró en sus corazones. Estos son asimismo los que fueron sembrados en pedregales: los que cuando han oído la palabra, al momento la reciben con gozo; pero no tienen raíz en sí, sino que son de corta duración, porque cuando viene la tribulación o la persecución por causa de la palabra, luego tropiezan. Estos son los que fueron sembrados entre espinos: los que oyen la palabra, pero los afanes de este siglo, y el engaño de las riquezas, y las codicias de otras cosas, entran y ahogan la palabra, y se hace infructuosa. Y éstos son los que fueron sembrados en buena tierra: los que oyen la palabra y la reciben, y dan fruto a treinta, a sesenta, y a ciento por uno (vers.^{os} 14-20).

A esta parábola se le ha llamado por mucho tiempo la Parábola del Sembrador; sin embargo, al sembrador en realidad no se le vuelve a mencionar después de la primera frase. No trata ni con mucho acerca de un sembrador, sino acerca de las clases de tierra en que el sembrador siembra. Es primordialmente una parábola acerca de la condición de corazones humanos en los que la semilla, la Palabra de Dios, es sembrada. El sembrador es el maestro. La semilla es la Palabra de Dios. Las clases de tierra son los corazones de los oyentes.

El énfasis de Jesús era continuamente en que no es un buen sermón el que contribuye a un buen culto, sino los buenos oyentes. No es tanto *la boca del púlpito*, sino *los oídos de los bancos*, los que contribuyen a un culto eficaz.

La buena tierra es vital. La tierra en la que la semilla cae es la parte esencial del proceso de enseñanza. Si usted desea evaluar una congregación, no se fije en el púlpito, fíjese en los bancos. El crecimiento de la semilla siempre depende de la calidad de la tierra. El *cultivo* depende del *carácter* de la tierra.

La tierra apisonada

Jesús habla de cuatro clases de tierra, cuatro clases de oyentes. La primera clase de tierra es la que se encuentra «junto al camino», la tierra que ha sido endurecida hasta formar una corteza

tan dura como la piedra, porque ha sido muy apisonada. El alma del oyente puede llegar a ser muy impenetrable porque ha sido apisonada por el pecado. Cuando alguien no pasa de estar frecuentemente oyendo la verdad propiamente dicha, y hace esto tan sólo para mantener una apariencia religiosa, su alma puede ser apisonada. El alma puede llegar a *endurecerse por sermones* del mismo modo que puede llegar a *endurecerse por el pecado*.

Compruebe cómo es su tierra; compruebe cómo es su alma. ¿Es tierra apisonada, al punto que la semilla que cae en ella, la Palabra de Dios, siempre cae fuera de su corazón, como el agua que corre por encima de una piedra? ¿Entra alguna vez la palabra debajo de la superficie, donde puede echar raíz, brotar y cambiar la forma como usted vive? ¿Está su alma tan endurecida que cuando usted oye la Palabra de Dios, ésta solamente penetra la capa externa y al tiempo se desprende? La semilla del sembrador que cayó en la tierra endurecida no logró penetrar la superficie y Jesús dice que las aves vinieron pronto y se la comieron. Muchas personas oyen el mensaje de Jesús con mentes tan endurecidas, que la semilla de la verdad sencillamente no puede penetrar.

El alma puede estar endurecida por el prejuicio. A una persona con nociones preconcebidas acerca de qué es la verdad le parece que es imposible oír la Palabra verdadera que es hablada. El orgullo también puede taponar los oídos y hacernos sordos. La culpa y los hábitos pecaminosos de nuestras vidas pueden hacernos incapaces de oír lo que Dios está tratando de decir.

Cuando yo predicaba en Stillwater, Oklahoma, en un ambiente universitario, un joven me dijo: «Dr. Schubert, tengo una barrera intelectual que detiene el mensaje que usted predica». Le dije: «¿Qué clase de barrera intelectual tiene usted?». El joven dijo: «La verdad es que no puedo aceptar la idea de que Dios creó el universo de la manera como la Biblia enseña. No puedo aceptar que Jesús nació literalmente de una virgen. No puedo aceptar que literalmente se levantó del sepulcro al tercer día». Después de entablar una relación y de conversar acerca de su barrera, durante un período de varias semanas, ese joven al final me confesó que su barrera no era tanto intelectual sino, más bien, moral. Estaba viviendo una vida de inmoralidad, y debido a que el mensaje de la Palabra de Dios condenaba su forma de vivir, la rechazó. Fue muy fácil para él decir: «Tengo una barrera intelectual que detiene su mensaje».

Rara vez he conocido a alguien que me pueda decir sinceramente: «Mi objeción al mensaje de Cristo es de índole intelectual». El pecado carcome la fe de uno, del mismo modo que lo hace el ácido; y la culpa y los hábitos pecaminosos en las vidas de las personas hacen que sea imposible que ellas reciban la Palabra. Debido al compromiso moral que hay en sus vidas, ellos saben que la Palabra los condena y le cierran la puerta de sus corazones. De vez en cuando podríamos encontrarnos a alguien que en verdad tiene una objeción intelectual, pero es sumamente raro. En nueve de cada diez casos, el problema es de índole moral, problema que se disfraza de objeción intelectual.

Los conflictos con nuestros familiares, amigos, o asociados suelen contribuir a que tengamos una mente que es como la tierra endurecida. Las causas podrían multiplicarse en la propia vida y experiencia de uno. Pero sean cuales sean las causas exactas del endurecimiento, Jesús las evalúa todas cuando dice en el versículo 15: «Y éstos son los de junto al camino: en quienes se siembra la palabra, pero después que la oyen, en seguida viene Satanás, y quita la palabra que se sembró en sus corazones».

La tierra superficial

La segunda clase de tierra es la tierra pedregosa, superficial. Los versículos 5 y 6 la describen:

Otra parte cayó en pedregales, donde no tenía mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra. Pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó.

Me han dicho que en muchos lugares de Palestina sólo hay una o dos pulgadas de tierra sobre una capa de piedra caliza. Si la semilla llega a caer sobre la piedra, crecerá y brotará muy pronto porque la piedra caliza retiene el calor del sol. Pero una vez que esa semilla ha echado raíces, buscando el agua, sufre carencia y muere tan rápidamente como creció porque a su paso sólo encuentra roca sólida donde no existe agua. Muere tan prontamente como brotó.

Hemos visto personas entusiasmarse excesivamente al responder emocionalmente a alguna moda cristiana de carácter pasajero; sin embargo, nadie puede crecer ni vivir de la emoción solamente. Muy a menudo, un repentino entusiasmo religioso no pasa de llegar a ser un fuego que muere rápidamente. En ocasiones, he visto personas que vienen a la iglesia apesadumbrados, y que al oír la Palabra fue como si un relámpago cruzara un cielo en tinieblas, despertando toda clase de esperanza e iluminación

en sus vidas. Estas personas, al calor de la emoción del momento, hicieron un compromiso lleno de entusiasmo con Dios. Pareció como que los hicieron revivir. Pero tan pronto pasaron la cumbre de la intensa experiencia emocional y descendieron al valle de las realidades de la vida, se rindieron. Poco después, sus nombres fueron agregados a esa lista que los ancianos llevan de los que ya no están ni siquiera asistiendo a los cultos del pueblo de Dios. Las raíces no pudieron profundizar. En el versículo 17, Jesús dijo: «No tienen raíz en sí, sino que son de corta duración, porque cuando viene la tribulación o la persecución por causa de la palabra, luego tropiezan».

La religión de más de una persona es una biografía de arranques y paradas irreflexivos. Me recuerda un gráfico que sería parecido a una luz estroboscópica de una cámara que sólo lanza destellos intermitentes, o al faro giratorio que tienen los trenes al frente.

¿Recuerda usted aquel hombre que se llenó de entusiasmo acerca de seguir a Jesús un día, y que exclamó irreflexivamente: «¡Señor, te seguiré adondequiera que vayas!»? Parecía un discípulo muy entusiasta y dispuesto. Pero Jesús lo paró en seco, y en esencia le dijo: «Escucha amigo, no sabes lo que estás diciendo. ¿Acaso no sabes que las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre ni siquiera tiene dónde recostar la cabeza? Más te vale pensarlo dos veces antes de hacer tal clase de compromiso».

Da la impresión de que a muchas personas en los últimos años, alguna parte de la Palabra de Dios les ha provocado a la acción, y han echado mano de ella con excitación, y les ha dado una especie de ataque religioso. Pero nunca desarrollaron verdaderas raíces que las nutrieran. Todo quedó únicamente en el nivel superficial de las sensaciones.

Estuve participando en un seminario sobre cómo ganar almas, y un joven de unos veinte años de edad se me acercó llevando un gran broche de color verde que tenía escrito en letras mayúsculas la expresión: «FAREMS». Nunca en mi vida lo había visto. Le dije: «Dígame, ¿qué es un FAREMS?». Él dijo: «Un FAREMS es un Fanático Religioso de Mirada Salvaje, y eso es exactamente lo que soy». Me dije: «Que Dios me libre».

Esta clase de personas rara vez estudia la Biblia; rara vez cultivan una espiritualidad que esté profundamente arraigada. Su compromiso es una moda pasajera. Es superficial; no tiene duración. Lo que atrae el corazón, pero no influencia la

mente, no tendrá mayor duración. Estas personas, por lo general no usan sus cabezas. Es la misma historia de siempre: «Lo que fácil viene, fácil se va». Ciertas personas entran en la iglesia con gran entusiasmo y haciendo impresionantes afirmaciones, prometiendo que se mantendrán fieles, pero unas pocas semanas más adelante, pasan a engrosar aquella lista de infractores de los que ya hablamos.

Compruebe cuán profunda es la tierra en la cual usted hunde las raíces que le nutren espiritualmente. Jesús sabía que esto sería un problema.

La tierra infestada

La tercera clase de tierra es la tierra infestada. Jesús la llamó la tierra llena de espinos. Un buen granjero no planta un cultivo sin antes desbrozar y limpiar la tierra. Un buen cultivo de trigo es resultado de la semilla que se siembra y de las labores de eliminación de todas las malezas y elementos extraños que se encuentren en esa tierra. En los resultados se comprueba que lo que el granjero *arranca* de la tierra es casi tan importante como lo que *siembra* en ella.

A veces dejamos que se siembre la Palabra de Dios en nosotros, pero no arrancamos los espinos, los espinos que Jesús llama afares, riquezas y codicias de la vida. Dice Él en el versículo 19: «Pero los afares de este siglo, y el engaño de las riquezas, y las codicias de otras cosas, entran y ahogan la palabra, y se hace infructuosa».

¿Cuán a menudo somos de doble ánimo? En el culto oímos la palabra y la recibimos. Nos animamos tanto y nos sentimos tan bendecidos, que allí mismo resolvemos que cuando salgamos vamos a ir a anunciarle al mundo el grandioso evangelio de Jesucristo. Luego, llega el lunes. Nos metemos en la feroz competencia del mundo de los negocios. El mundo nos pone en apuros. Volvemos a casa y hacemos frente a la tensión con nuestros cónyuges o hijos. Los espinos brotan y nos enganchan.

La tierra productiva

También existe la buena tierra, la tierra que Jesús dice que produce cien veces lo que se sembró. El versículo 20 dice: «Y éstos son los que fueron sembrados en buena tierra: los que oyen la palabra y la reciben, y dan fruto a treinta, a sesenta, y a ciento por uno».

¿Qué potencial de fertilidad hay en su tierra? Todo depende de las condiciones favorables que abriguen la semilla que se siembra en su corazón. Dios promete que Él dará el crecimiento, si usted se cerciora de que en su vida imperen las condiciones

que propiciarán el crecimiento, la nutrición y la maduración de la semilla sembrada.

CONCLUSIÓN

¿En cuál de las categorías de esta parábola se encuentra usted? Todos nos encontramos en una u otra categoría de ella. ¿Qué posibilidades le está brindando usted a la palabra para que crezca en su vida?

Esta parábola es uno de los relatos más dinámicos de la historia de la humanidad, porque significa que Dios, con todo Su poder, que Jesús, con todo Su amor, y que el evangelio, con toda su

hermosura, no pueden salvar el alma de persona alguna, mientras la persona esté poco dispuesta a ser salva. La condición de su corazón es el factor final y decisivo de su salvación. Su corazón es el que en última instancia y al final determinará si la palabra de Dios será fructífera en su vida. Todo lo que Dios, Jesús y cualquier otro hagan, no tendrá efecto alguno, mientras la tierra de su propio corazón no esté preparada y dispuesta para recibir la semilla que está siendo sembrada.

Jesús resume la idea clave de toda la enseñanza de la parábola en el versículo 9, cuando dice: «El que tiene oídos para oír, oiga».

©Copyright 2002, 2006 por La Verdad para Hoy
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS